

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

Siendo ya, á Dios gracias, satisfactorio el estado sanitario de esta Ciudad, continuamos la publicacion de nuestra hoja, suspendida durante los meses de Julio, Agosto y Setiembre.

EL PRODIGIO DEL SIGLO XVII.

No vamos á contar un cuento; no vamos á escribir una leyenda, ni á entretener á nuestros lectores con una de esas piadosas historias cuya sancion radica en la fé de los corazones sencillos: vamos á referir un hecho cuya evidencia ha hecho enmudecer á la crítica, y ante cuyo caracter absolutamente sobrenatural, la ciencia ha tenido que bajar la cabeza.

A los que extrañen que en esta época insistamos en referir hechos milagrosos, les recordaremos que lo hacemos, precisamente porque estamos *en esta época*.

El mundo intelectual, y tras el mundo intelectual el mundo político, hace mucho tiempo que concentran sus fuerzas sobre un punto. Ciego será quien no vea que las distancias se estrechan más cada día; que las energias se condensan como las nubes al aproximarse la tempestad, y que la humanidad cada vez más dividida en sus tendencias va deslindando los campos para librar una gran batalla: la de la luz y las tinieblas. A través de este babilónico caos, percíbese cada vez más distintamente el fragor de la lucha entre esos dos gigantes que se disputan el imperio del mundo.

A los modernos poetas que se quejan de no hallar en esta edad heterogénea asunto para la epopeya, podíamos ofrecerles el de esa lucha titánica que libran las dos aspiraciones más grandes y opuestas que trabajan al espíritu humano: la de la tierra, y la del cielo.

Por ella caeríamos otra vez en la barbarie si los corazones cristianos, robustecidos por la fé y alentados por la Esperanza, no sostuvieran la pelea con la mirada puesta en lo alto. Nada, pues, más oportuno que alentarlos en esa batalla recordándoles la seguridad de la victoria, y á este fin es traerles á la memoria los grandes hechos con que Dios ha patentizado siempre su misericordiosa providencia; pues los grandes milagros vienen á ser como el *aquí estoy* de la madre que llama á su hijo desde lejos: alientan las fuerzas de la virtud.

Por eso el moderno naturalismo, padre del liberalismo que corrompe al mundo, se revuelve contra esa voz cubriéndola de desprecios. Mas ¿qué importa? ¡adelante!

Despreciemos á la impiedad, y recordemos para consuelo de los buenos esos rasgos del poder y amor de Dios, que son para el alma del cristiano como el agua para el caminante que desfallece.

Hoy nos ocuparemos de uno ante el cual, como decíamos al principio, la crítica enmudece y la ciencia calla; pudiera llamarse el pasmo del siglo diez y siete. Consiste en un prodigio obraído por intercesion de la Santísima Virgen del Pilar de Zaragoza, y se conoce con el nombre de *El milagro de Calanda*.

He aquí el hecho.

En la villa de Calanda, lugar de 700 vecinos de la provincia de Teruel, vivia en el año 1637 una pobre familia de labradores, compuesta de padre, madre, una niña de pocos años y un varon de diez y nueve. Miguel Juan Pellicero Blasco, que así se llamaba este, quiso un día trasladarse á Castellón de la Plana en busca de trabajo, y así lo hizo, no muy á satisfaccion de sus padres, entrando á servir en calidad de mozo de labranza á un tío suyo que allí vivia, llamado Jayme Blasco. Poco tiempo llevaba de permanencia en su nueva morada, cuando un día, conduciendo un carro de trigo, volcó el vehículo, y cogiéndole bajo una de las ruedas la pierna derecha, se la quebró. El tío del herido, que sobre ser pobre no seria muy caritativo, trasladó inmediatamente al hospital de Valencia á su sobrino, y allí le dejó. Pero trascurridos cinco días, viendo el pobre enfermo que los remedios que se le aplicaban eran ineficaces, pidió que se le trasladase al hospital de Ntra. Sra. de Gracia de Zaragoza; lo cual se verificó conduciéndole por caridad y de limosna, de lugar en lugar, hasta llegar á su destino. Calcúlese como llegaría,

dada la manera de viajar de aquellos tiempos y la clase de herida que llevaba. Cuando entró en Zaragoza la pierna estaba ennegrecida, casi podrida.

Sin embargo, él, que era muy piadoso, aun quiso, antes de entrar en el hospital, visitar á la Virgen del Pilar; y allí á sus pies, despues de confesado y comulgado, derramando lágrimas imploró su proteccion. Pocos momentos despues era colocado en una cama y reconocido por el cirujano del establecimiento D. Juan de Estanga, profesor de la universidad de Zaragoza, el que declaró que era necesaria la amputacion de la pierna. La operacion se verificó en seguida cortando el miembro por cuatro dedos más abajo de la rodilla. El infeliz Miguel sufrió aquel dolor con gran resignacion, renovando sus plegarias á la Virgen. Cuando la operacion terminaba, y la pierna separada del tronco se hallaba ya tendida en el suelo, llegó el capellan del establecimiento y le animó diciéndole algunas palabras de consuelo. En seguida los ayudantes tomaron la pierna y abriendo una fosilla, la sepultaron en el enterratorio del mismo hospital.

Las consecuencias de la operacion por el estado debil del paciente, fueron más pesadas que la operacion misma. Durante mucho tiempo el licenciado Estanga tuvo que curar aquel muñon que carecia de vida para cicatrizarse. Por fin, aunque delicado aun, dióse de alta al operado, y salió del hospital; más fué necesario que por espacio de algunos meses continuase acudiendo periódicamente á la hora de la cura para terminar la de aquel resto de pierna que tan rebelde se hacia al tratamiento, y que con acerbos dolores le obligaba, unas veces, á buscar el remedio del cirujano, y otras, el consuelo de la piedad.

—¿Qué haceis con esa herida? dijole un día el Sr. Estanga viendo que nunca acababa de curarse.

—Nada, señor, contestole Miguel Juan. Unicamente suelo untármela algunas veces con el aceite de la lámpara que arde ante la Virgen del Pilar.

—¡Acabáramos! exclamó el cirujano. Estais echándolo á perder. Bien se comprende que me esteis apurando la paciencia. No voivais á untaros más.

Miguel comprendió que sin duda el cirujano tendria sus razones para hacerle aquella prohibicion; pero... volvió á untarse de nuevo, una, y dos y tres veces.—¡Puede tanto la Virgen! pensaria él en su corazon sencillo. ¿Quién duda que puede más que un cirujano?

Tenia razon; pero ¿qué se proponia el desdichado con aquellas plegarias? Por grande que fué su fé no es presumible que pretendiera lo que se le concedió.

En el proceso solo se dice que sus peticiones se dirigian á *poder trabajar para ayudar á sus padres*. Este noble sentimiento llegó á constituir en él una idea fija.

Entre tanto el pobre cojo continuaba en Zaragoza implorando la caridad pública. Unas noches dormia en el meson de las Tablas, y otras, cuando carecia de los cuatro ochavos que importaba el hospedaje, pasaba la noche en el patio del Hospital.

Dos años y algunos meses llevaba haciendo esta triste vida, cuando encontró un día en la calle al vicario de su pueblo. Contó al buen sacerdote sus cuitas, y significóle su sentimiento por no poder volver á casa de sus padres, ante quienes no se atrevia á presentarse en aquel estado, por haberse ausentado contra su voluntad. El sacerdote le animó, y aun se ofreció á servir de medianero para la reconciliacion. Esto determinó por fin al pobre Miguel Juan á dirigirse á Calanda aprovechando un vehículo que salia para la villa de Fuentes. Desde allí pasó á Quinto á pie con muchísima pena; y luego en un jumentillo fué trasladado por caridad hasta Samper, á cuyo lugar su mismo padre le mandó otro borriquillo que le condujo hasta Calanda.

Quando llegó á esta villa era ya entrado el mes de Marzo en cuyo día 29 ocurrió despues el prodigio. Los padres de Miguel recibieron á este como se recibe á un hijo desgraciado. El, que era bueno y piadoso, enternecido más y más con este ovido de lo pasado, quiso buscar algun medio de aliviar la carga que echaba sobre los autores de sus dias, y tomando un borrico se dedicó durante algunos á implorar la caridad pública por los pueblos circunvecinos. Pero esto era poco y Miguel quiso trabajar. Un día cogió una azada y una espuerta, y se dirigió á una

era donde pasó muchas horas recogiendo estiércol que una hermanita suya trasladaba al corral de la casa. Cuando dió de mano por la noche, estaba rendido; su debilitada naturaleza no podía soportar aquel trabajo; la pierna le dolía extraordinariamente.

Entró en la casa quejándose del dolor, y quitándose la muleta rogó á su madre le hiciese la cama. Aquel día habian llegado á Calanda algunos soldados de caballería, y alojado uno en casa del tío Miguel hubo de cederle este la cama de su hijo.

Mientras la madre arreglaba otra provisional en el cuartito donde ella dormía, el pobre cojo, como de costumbre, contó sus desgracias una vez más mostrando la pierna al alojado y á otras personas que había en la cocina.

Entre ellas se hallaban un tal Barrachina y su esposa, que vivían en la casa próxima.

A poco rato, el cojo se metió arrastrando en el cuarto; despues el alojado se acostó, y los vecinos se pasaron á su casa.

Media hora despues el padre y la madre de Miguel Juan tomando una luz, se dirigian á la habitación donde hacía media hora dormía su hijo cubierto con una capa.

Al entrar, la madre bajó la cabeza y observó una cosa que le llamó la atención. Parecióle que por debajo de la capa salían dos piernas; pero ¿como pensar tal cosa? Sin embargo, fijose bien, aproximó el candil, y ya no hubo duda; eran dos piernas. ¡Cosa asombrosa! Miguel Juan tenía dos piernas.

El estupor de aquellos padres no tuvo límites.

—¡Miguell!—exclamaron despertándole—¡Miguell! ¿Qué es esto! ¡Mira lo que te pasal! ¡Despierta!... ¡despierta!...

Miguel despertó alarmado: echó una ojeada sobre sí mismo, y su sorpresa fué más grande que la de los autores de sus días.

—¡Es verdad madre mía! exclamaba; tengo dos piernas; pero yo no sé como ha sucedido esto; yo no me acuerdo de nada. ¡Ah! gritó de repente: sí recuerdo. Recuerdo que soñaba hace un momento hallarme en la capilla de la Virgen del Pilar de Zaragoza, y que me ungió con el aceite de una de sus lámparas. ¡Oh! Virgen Santísima, que dichoso soy! ¡Vos me habeis curado! ¡Padre!... ¡padre!... perdóneme V. lo que le ofendí.

Y Miguel Juan estrechaba y besaba la mano de su padre.

Lo que pasaria despues, debe suponerse. Lo primero que le ocurrió al padre de Miguel, fué llamar al tío Barrachina que acababa de salir. No se había acostado, y acudió en seguida. Sorprendido por aquel prodigio corrió también á llamar á su mujer. Esta se hallaba ya en la cama, y al pronto se negaba á creer la noticia; pero la curiosidad la hizo acudir inmediatamente, y quedó pasmada ante lo que veían sus ojos. Momentos antes habían visto y tocado todos por sí mismos aquella pierna cortada, y ahora la veían completa.

Pero hay que preguntar: ¿estaba realmente completa?

Sin temor de exagerar podemos decir que aquí es donde comienza el verdadero prodigio.

Miguel Juan Pellicero tenía una pierna añadida á su muslo; pero aquella pierna era una pierna inútil, desfigurada, atrofiada, cadavérica, sin calor vital, mucho más corta que la otra y con los dedos amoratados y encogidos; en una palabra: parecía una pierna extraída de la fosa de un cementerio.

Y lo era en efecto; pues al fijarse más, Miguel observó que aquella era su misma pierna.

Calcúlese donde rayaría el pasmo de todos los presentes.

Allí se veía la señal de la herida y rotura que motivó la amputación; allí se descubrían las antiguas cicatrices de otras heridas que se hizo en la niñez cojiendo leña por el monte.

Luego quiso apoyar el pié en el suelo, y no pudo: el pié no le servía; la única señal de vida que notaba en él, era un fuerte dolor en los dedos. ¡Cuanta confusión!

Sin embargo nada de esto aminoró la alegría del pobre joven. Quizás adivinaba que con aquellas dilaciones solo se proponía la Divina Proviencia aquilatar más la notoriedad del milagro. Al mentecato que se hubiese atrevido á hablar de ficción bastaba mostrarle en seguida la pierna prodigiosa tal cual se encontraba en aquel momento.

Hasta transcurridos tres días Miguel Juan no pudo hacer uso de ella. Y es que antes de servir á él de apoyo material, estaba destinada por Dios á servir de apoyo moral á la fé de Europa entera, amenazada por las doctrinas de Hobbes, Espinoza, Bayle y otros falsos sabios que ya empezaban entonces á llenar de tinieblas la filosofía y la religion.

Tres días, decimos, transcurrieron sin que Miguel Juan pudiese apoyar el pié en el suelo. Al siguiente de ocurrido el milagro, acompañado por inmenso gentío fué á la iglesia con sus muletas, y allí, despues de confesado y comulgado, oyó una misa de gracias. En seguida se trasladó con su familia á Zaragoza, y dirigiéndose á la capilla de la Santísima Virgen del

Pilar, postrado á sus pies la pidió fervorosamente completase su obra, pues se hallaba tan inútil como antes.

Desde aquel día pudo observar Zaragoza entera las evoluciones del prodigio. La misteriosa pierna comenzó á crecer y á robustecerse; los dedos se extendieron; circuló la sangre, y algunos días despues llegaba á un estado tan normal, que nadie hubiera sospechado ser aquella la pierna amputada dos años y medio antes.

Considero que al llegar aquí, no faltaran incrédulos que dejando asomar á sus labios la sonrisa del desprecio, arrojen desdeñosos las páginas de este relato. Pero yo entiendo que si son verdaderos espíritus fuertes é investigadores, lejos de prescindir del hecho deben estudiarlo.

Les recomendamos la lectura del proceso del cual se han hecho y continúan haciendo ediciones. (4)

En verdad que se trata de un fenómeno estupendo y asombroso, en fin, de un milagro. Pero se trata de un milagro de condiciones críticas demasiado preciosas para no fijarse en él.

En la resurrección de un muerto puede suponerse que el muerto no lo esté realmente; en la curación de un ciego puede sospecharse que el ciego sea finjado; pero en la reposición de una pierna amputada públicamente en un hospital dos años antes no caben suposiciones.

Se necesitarían muchas tragaderas para pasar por todos los absurdos de tamaña suposición. Aquí puede asegurarse que sería más fácil admitir el milagro, que admitir su ficción. Porque suponer finjado desde el vuelco del carro y rotura de la pierna, hasta su amputación y larguísima curación en el hospital; suponer ciegos á todos los que lo vieron, engañados á todos los que lo tocaron; granujas y farsantes, sin ninguna clase de utilidad, á todas las personas serias que entendieron directamente en los hechos, y finalmente, sabio y hasta brujo al pobre labriego héroe del suceso, hasta el extremo de haber tenido habilidad para embromar á todo el mundo... ¡oh! eso es demasiado suponer.

Tal vez se diga que todos obrarían impulsados por el interés del catolicismo; mas esto tiene una réplica incontestable. El que obra impulsado por la fé, no es capaz de hacerse cómplice de infames supercherias. Para prestarse á tales farsas se necesita ser un truhan de baja estofa, y obrar á impulsos de miserables intereses; y no podían pertenecer ciertamente á esa clase las tan respetables como diversas personas que jugaban en el asunto: sacerdotes de diferentes poblaciones; varios médicos y cirujanos, uno de ellos profesor de la universidad de Zaragoza; empleados de dos distintos hospitales, el de Zaragoza y el de Valencia; honrados artesanos; labradores aragoneses, demasiado rudos y llanotes para prestarse á tales manejos, y en fin, un público que durante dos años y cinco meses había visto á un hombre pedir limosna con una pierna de menos, y que no había de ser tan ciego y estúpido que no trasladase en tanto tiempo ser todo pura ficción y hallarse la pierna entera y verdadera.

No quedan, pues, más que dos caminos; ó admitir el milagro, ó negar en redondo la existencia del hecho histórico.

Mas ¿cómo negar el hecho cuando aun no habían transcurrido dos meses y ya se ocupaba de él casi toda Europa? En efecto. Apenas fué conocido cuando ya fué estudiado por los críticos de la época, y narrado por varios cronistas así nacionales como extranjeros. Meurath, médico alemán, escribió en latin un opúsculo que circuló por todas partes; en los Países Bajos se publicó otro en frances; por último, se publicaron multitud de escritos en varios idiomas.

Pueden citarse como historiadores que hablaron del milagro á Guillermo Guppemberg, Tirso Gonzales, Lorenzo Crisógono, Felix de Amada, Fuentes de Biota, Antonio Arbiol y otros publicistas.

Cuando Felipe III, reinante entonces, leyó el proceso, fué tanta su admiración, que, llamando á Miguel Juan Pellicero, quiso adorar en aquella pierna milagrosamente restituida á la Autora del más grande de los prodigios.

En cuanto al pueblo de Calanda es natural que tratase de perpetuar su memoria. Su ayuntamiento levantó un acta de lo ocurrido; proclamó patrona de la villa á la Santísima Virgen del Pilar, y la erigió una Capilla en la misma habitación donde se verificó el milagro.

Diez años despues aquella Capilla estaba ya cubierta por un suntuoso templo, en el que la población de Calanda conmemora anualmente hasta hoy, por medio de una solemne festividad, el que desde entonces se ha llamado *el día del milagro*.

(4) La última fué anunciada hace pocos meses por el «Boletín de la Sociedad de S. Vicente de Paul», que se publica en Madrid, calle de la Greda.

En otro artículo procuraremos dar algunos curiosos pormenores del proceso donde constan todos los hechos referidos. Este proceso comenzó á instruirse á instancias del consejo y universidad de Zaragoza en Junio del mismo año en que ocurrieron, y fué terminado por sentencia aprobatoria que dictó el Sr. Arzobispo de la misma D. Pedro de Apaolaza despues de practicadas las más esquisitas formalidades, en 27 de Abril de 1641.

¡Gloria y honor sean dados á la Santísima Virgen, madre y Señora nuestra, que tantas veces ha confundido á los enenigos de su hijo Jesús, en cuyo corazón Sacratísimo se encuentra y encontrará siempre todo el bien que el hombre puede apetecer en la tierra y en el cielo!

000

IMPERIO QUE EGERCÍA SOBRE LA NATURALEZA

EL SERÁFICO PADRE S. FRANCISCO

No es dudoso que antes de S. Francisco ya hubo Santos que recogieron el cetro que dejó caer Adán:—los padres de la Tebaida estaban servidos por cuervos, los leones obedecían á la voz de San Antonio, San Galo daba órdenes á los osos de los Alpes; distraían á Santa Colomba los pájaros con deliciosas músicas, cuando atravesaba la selva de Luxeuil y saltábanle las ardillas á la mano; mas ninguno igualó al Penitente de Asís. Aquel antiguo imperio sobre la naturaleza que ejerció el hombre hasta el momento de su caída, lo tuvo Francisco, no de modo accidental ó pasajero, sino permanente: y tanto así, que es un hecho histórico demostrado que mandaba como Señor á la Naturaleza y que la Naturaleza le obedecía como si gozase de razón y fuese inteligente.

Cuando salía de Nuestra Señora á recorrer las llanuras de Umbria, los animales saludaban en él al Rey de la Creación. No viendo más que la marca divina en aquella figura tan delgadita, que ya nada tenía de terrestre; y no sintiendo el horror que los inspira nuestro decaimiento y crueldad, rodeaban al Santo para admirarle y servirle. Las liebres y conejos acudían á refugiarse en los pliegues de su vestidura; si atravesaba una pradera, las ovejas, al oír que las saludaba con el dulce nombre de hermanas, corrían á su encuentro, dejando admirados á los pastores; y Francisco, apartado desde hacia ya mucho, de los placeres de los hombres, se alegraba con los agasajos que le hacían los animales del campo.

En las orillas del lago de Rieti un pescador le regaló un ave viva. Francisco la aceptó con mucho contento, y despues de tenerla algun tiempo en sus manos, las abrió para que echase á volar, mas el pájaro permaneció sin intentarlo siquiera. Y entonces, en un transporte de gratitud y amor á Dios, levantó la vista al cielo y quedó en éxtasis durante más de una hora. Vuelto al humano sentido, bendijo á su hermanita el ave y la mandó lanzarse al espacio y cantar las alabanzas al Señor, y al punto tendió el pájaro las alas y echó á volar gorjeando alegremente.

Otra vez halló en el camino de Sena á un joven que llevaba á vender unas cuantas tórtolas vivas. «Amado hijo (así le habló el Santo) no lleses á la muerte esas inocentes aves que en la Sagrada Escritura son símbolo de las almas castas, humildes y fieles. Yo te suplico que me las regales.» Apresuróse el joven á complacerle. San Francisco las reanimó al calor de su pecho; las acarició y las dijo: «Tórtolas inocentes y castas, ¿por qué os habeis dejado coger? Yo os voy á librar del cautiverio y de la muerte y os daré nidos donde podais multiplicaros.» «Oye, hijo mio, añadió dirigiéndose al joven; mira la recompensa que te concederá Dios por este acto de generosidad que acabas de hacer. Dentro de poco vestirás el hábito de penitencia y hallarás con nosotros en el tesoro de la pobreza voluntaria, la prenda segura de la beatitud eterna.» Cumpliose puntualmente este vaticinio y murió el joven en olor de santidad siendo religioso Menor. Bendijole el Santo y prosiguió el camino llevando consigo aquellas lindas tórtolas al monasterio de Ravacciano, al pié de los muros de Sena. Al llegar al convento clavó en el suelo el baston que traía y al dia siguiente vieron estupefactos los religiosos que se habia convertido en un magnifico roble donde albergó el Santo á las tórtolas mandándolas que hiciesen allí sus nidos y viviesen en paz. Obedecieronle las mansisimas aves y se arreglaron tan bien con los religiosos, que iban á comer á sus manos. El roble milagroso de San Francisco existia aun al principio del siglo XVIII.

Durante sus últimos años, Francisco estuvo en Sena y un caballero le regaló un faisán. Desde el punto en que este precioso animalito vió al Santo y oyó su voz, le tomó tal cariño que nunca quería separarse de su lado. Muchas veces le llevaron á la viña para darle libertad, pero siempre volvia con rápido vuelo á donde estaba San Francisco. Regalaronle á un caballero que estimaba mucho al Seráfico Fundador y le visitaba con frecuencia, y se negó á tomar ningun alimento. Vuelto á poder de San Francisco, manifestó su alegría haciéndole una infinidad de caricias y comiendo con verdadero apetito.

Con frecuencia, cuando al rayar el alba salía de Asís San Francisco para predicar en los pueblos comarcanos, comenzaba su apostólica empresa invitando á todas las criaturas á cantar con él las alabanzas del Señor. «Florecitas, hermanas mias, decía á las anémonas del bosque, á las margaritas del campo y á las violetas de los

prados, saludad conmigo al autor de la Naturaleza», y las flores inclinaban sus pétalos, balanceaban sus corolas á modo de inceasarios, y exalaban todo su perfume delante de Dios. «Cigarras, tórtolas y carrucas, continuaba el Santo, adoremos juntos á Aquel que nos ha dado la vida.» Y las cigarras, las tórtolas y las carrucas entonaban un himno de gratitud al Altísimo.

Hasta las fieras se sentían atraídas hacia el humilde Penitente de Asís. Respetaban en él un reflejo del primitivo poder de Adán y de la ideal hermosura de Dios, de modo que, viéndole, se hacían mansos.

Todos los lectores recordaran la conversion del lobo de Gubbio. ¡Cuántos ejemplos semejantes se podían citar!... Cierta dia que el Santo Patriarca quiso ir de Cortanello á Grecio, prometió al guía que le habia de conducir que los lobos que infestaban aquellos montes no le harían mal ninguno. Confiado en este ofrecimiento, el guía le condujo á Grecio, mas á su regreso, cuando estuvo en lo intrincado y solitario de la selva, le salieron dos lobos. Acercáronsele, le lamieron los piés y le acompañaron hasta su casa como acompañan los perros á sus amos. «Habiendo sabido los habitantes de Grecio la llegada del célebre taumaturgo, fueron con lágrimas en los ojos á suplicarle que les librase de las dos calamidades que desolaban el país; el granizo y los lobos. Movido de piedad les habló Francisco estas palabras: «Por la honra y gloria de Dios os aseguro que, si habeis penitencia, desaparecerán esas calamidades; pero os advierto que si pagais con la ingratitud los beneficios del cielo, el Altísimo «se volverá contra vosotros y doblará el castigo.» Comprometiéronse públicamente á hacer penitencia, y Dios se encargó de dar cumplimiento á la otra condicion del contrato; y mientras permanecieron fieles á él, ni los lobos diezmaron los rebaños, ni el granizo destruyó las cosechas».

Detengámonos aquí. Nunca terminaríamos si fuésemos á narrar todos los sucesos semejantes que ocurrieron en la vida del Santo; demás que dejamos dicho lo suficiente para que nuestros lectores puedan levantar una punta del velo que nos oculta la mano de Dios, y entrever aquella infinita bondad que llama á participar de sus perfecciones á raquíticas criaturas, y conocer uno de los misterios más oscuros de la Redención, el rescate de la Naturaleza. San Pablo en su epístola VII á los romanos, anunció ese rescate: «Toda la Naturaleza suspira porque llegue el gran dia de las revelaciones. Actualmente está, á su pesar esclavizada por la vanidad del hombre, por lo cual se queja; pero un dia vendrá y se verá libre del yugo de la corrupcion y ella recobrará la libertad de los hijos de Dios.»

Fr. L. de Ch.

(Del Mensajero Seráfico.)

VARIEDADES.

UNA LIMOSNA NEGADA AL POBRE.

RELACION

El Conde Guillermo de..., al que nada faltaba sino la tranquilidad del espíritu, se preparaba á dar un magnifico baile en una noche de invierno. Hacia un frio excesivo, un viento glacial remolinaba al nieve, que pulverizada, digámoslo así, descargaba con impetu contra los cristales de las ventanas del castillo iluminado cual si fuese de dia. A la hora indicada de las diez, todos los invitados se presentaban á la vez. Sólo faltaba una dama que Guillermo aguardaba con impaciencia. Estando á la puerta esperando su llegada, se presenta una pobre mujer con un niño llorando en brazos. A vista de ellos llama un criado y le dice:—Echad fuera á la calle á esta pobre.—¡Ah! señor, contesta suspirando aquella infeliz, ¡hace tanto frio y tengo tanta hambre!—La limosna se ha repartido esta mañana, dice aquel, andad, pues, á vuestro camino.—¡Ah! muévase á piedad y deme para comprar al menos un pedazo de pan y una poca leña, y tenga en cuenta que mi criatura está para morir de desmayo. En esto entró en el patio la carretela de la señora, á quien esperaba, y la mendiga tuvo que alejarse.

Pasadas algunas horas, Guillermo quiere acompañar al carruaje á una princesa que habia honrado con su presencia la fiesta del baile, y caminando para abrir, tropezó con un objeto que estaba entre la nieve, faltándole poco para caer. Indignado, riñe con severidad á los criados, los que acercándose al objeto que habia ocasionado el tropiezo y que estaba entre la nieve conjelado, reconocieron á la mujer mendigante y á su hijo. La noticia de este hecho desordenó la fiesta; la orquesta calló, y todos los invitados que habian acudido partieron con el corazón angustiado y conmovido. Guillermo, luego que se quedó solo, descendió al patio para ver la difunta que habia sido trasladada al átrio del palacio. Algunas mujeres procuraron inútilmente volverla á la vida con sopi-caldo y abrigos, pero era tarde. La violencia de la lucha con la muerte habia sido tan grande, que aquellas mujeres consiguieron con inmensa dificultad separar del pecho de aquella desgraciada madre, aquel niño tan desventurado. Guillermo permaneció en pié delante del cadáver más de una hora. Despues se retiró, y con impetu de furor arrancó con sus propias manos varias coronas de flores que de trecho en trecho adornaban las paredes del salon, y pisoteándolas corre precipitadamente á esconderse en su gabinete. Nadie obtiene licencia de seguirle, y al dar tal orden se propone y consigue quedar sólo. En estas horas solitarias maduró en su alma una grandiosa idea, y arrodillándose ante el retrato de su madre, hizo un voto solemne. Por obra suya comenzó seguidamente la construcción de un hospital en la ciudad, y cuando estuvo concluido, Guillermo consagró su vida al servicio de los pobres en-

fermos, y después de cinco años murió en olor de santidad, habiendo dejado sus bienes á los pobres, por medio de testamento en forma. Los estatutos de aquel lugar piadoso, del que el país es deudor á Guillermo, los compuso éste, y en sus disposiciones se encuentran las siguientes: «Desde el día de Todos Santos hasta la fiesta de San Marcos, que es el 25 de Abril, se encontrarán en el Hospicio del Voto dos salas grandes bien calentadas, accesibles de día y de noche á todos los pobres. Por la mañana y por la tarde, á las siete, se les servirá una sopa: las hermanas de la Misericordia cuidarán de las madres y de sus pequeños. Además, en la solemnidad de la Natividad del Señor se distribuirán anualmente á los pobres de la ciudad mantas de lana.»

Este hecho histórico demuestra la influencia que ejerce la religión sobre el corazón humano, para obligarle á amar al pobre y al desgraciado.

¿Y aun quieren arrancar la religión de nuestros pechos! Si así fuera ¿qué sería de los pobres?

LOS HÉROES DEL CATOLICISMO.

Existe en las islas de Sandwich un distrito donde son relegados todos los atacados de la contagiosa enfermedad de la lepra. Cuéntanse allí en la actualidad mas de setecientos de estos infelices. Al visitar esta triste colonia el Illmo. Sr. Maigret, Obispo y Vicario apostólico de aquellas misiones, llevando consigo al P. Damián Devenster, mis ómó, se le presentaron los infelices leprosos pidiéndole ardientemente se dignase enviarles un sacerdote para el cuidado espiritual de sus almas.

—Esta bien, respondió el celoso visitador, héd aquí al P. Damián, que consiente en quedarse con vosotros, aunque no tenga para alojarse otra casa que las ramas de este árbol bajo el cual ahora nos encontramos.

Prorrumpieron en llanto los pobres leprosos al oír este heroico ofrecimiento, y arrojándose á los pies del Prelado le pidieron su bendición y le dieron gracias por su paternal afecto.

La colonia cambió en breve de aspecto. Construyóse una casita para el P. Damián, y á su lado una hermosa capilla. Recientemente han sido bautizados de una vez treinta y cinco neófitos, y el día del Corpus los leprosos eran los cantores y músicos, todos, en una palabra, menos el heroico sacerdote que se habia resignado á sepultar su vida entre aquellos infelices para salvar sus almas. Nunca quizás se vió espectáculo igual. «La majesiad de Cristo Sacramentado, escribía poco despues el Illmo. Sr. Maigret, se ha visto hourada tal vez con mayor fervor por estos desgraciados apartados de todo trato social, que por otros que gozan de todas las ventajas de la civilizacion y de una salud robusta.»

Hasta los protestantes han pagado un tributo de admiracion á la abnegacion del P. Damián Devenster, misionero, honor de la Bélgica, su patria. He aquí cómo se expresa un periódico protestante:

«Hemos de hacer mención aquí de un hombre, de un Padre que sin codicia de oro ni de fama, sin esperanza de recompensa alguna en este mundo, acaba de consagrarse al cuidado de los leprosos en estas islas. He aquí el verdadero espíritu de Cristo; he aquí un amor al prójimo inexplicable por meras razones humanas; he aquí un nuevo Javier penetrando en lo más profundo de la miseria humana para curar sus llagas más asquerosas; he aquí un héroe, un salvador que ofrece la vida por sus hermanos, obra la mayor de todas las obras de caridad.

«Enemigos de la fé, libre-pensadores panegiristas de la moral universal, ¿qué día saldrán de vuestras filas hombres semejantes á ese? Pues bien. Sabedlo para vergüenza vuestra: la Iglesia católica los produce muy á menudo.»

Castigo ejemplar.

Para que sirva de lección á los impíos y tengan en debida reverencia las cosas de Dios, cortamos de un periódico la siguiente noticia, traduccion del periódico francés *Le Pelerin*.

«En Pia, pueblo que está á ocho ó diez kilómetros de Perpignan, ocho jóvenes se dirigen á un café que estaba lleno de gente. — Ya veis, les dijo la dueña del establecimiento, que no hay un sitio desocupado, pero como sois amigos podeis subir á mi cuarto, donde se os servirá.

«Los ocho amigos se instalaron allí en una mesa, donde les sirvieron un bol de vino caliente. Uno de ellos, nombrado Estyrach, descubre un crucifijo de grandes dimensiones puesto á la cabecera de una cama.

—«Es preciso que le hagamos beber un trago, dice; y descolgando la imagen del Salvador, la sumerge de cabeza en el vino, con gran risa de sus compañeros.—Veamos lo que tiene en el pecho, dijo á su vez otro llamado Marc, y rompió el seno de la imagen parodiando una autopsia.—Esto no basta, repuso Aymard, otro de los circunstantes, es preciso ver si tiene sangre; y cortó la pierna derecha del crucifijo.

«He aquí las consecuencias de este sacrilegio: Estyrach, que habia querido hacer beber al crucifijo, yendo algunos días despues á bañarse, se ahogó; Marc, que le habia destrozado el pecho, murió de una tisis galopante; otros cinco compañeros sucumbieron tambien sucesivamente, sin que ninguno recibiese los últimos sacramentos. Solo uno de los ocho profanadores sobrevive para perpetuar el recuerdo del crimen y de su castigo: es Aymard, el que cortó la pierna á la santa imagen. Atacado bruscamente de una terrible dolencia que

se situó en el muslo derecho, fué necesario practicarle la amputacion de este miembro. El Dr. Lammer, que hizo la operacion, vió con asombro que la pierna no tenia una gota de sangre. Desde que fué amputado, Aymard hace penitencia y se esfuerza en obtener el divino perdón.

«No creais que se trate de una historia antigua. Id á Pia y todo el pueblo os confirmará la autenticidad de estos hechos, y oiréis el relato de boca del mismo Aymard, el último sobreviviente de tan horrible drama ocurrido hace poco tiempo.»

Reaccion moral. Grande es la que se ha operado en muchos pueblos con motivo del cólera. Sentimos no poder insertar algunos relatos y especialmente el que nos hace un suscriptor de la *Puebla de Montalban* de la gran procesion hecha al Santo Cristo de la Caridad. Fué una cosa notable y enternecedora.

CANTARES.

—)o(—

¿Para que tanto te afanas
Y tantas riquezas juntas,
Si un leve soplo de viento
Te lleva á la sepultura?

Procura niña que siempre
Tan limpia tengas el alma
Que cuando llegue el pecado
Le dé temor el mancharla.

Siempre que el dolor me inquieta
Levanto hácia Dios mis ojos
Y en vez de lágrimas tristes
Vierto lágrimas de gozo.

Cuanto más dentro se forma
Del mar, la perla es más pura:
Las virtudes que más valen
Son las que están más ocultas.

M. Jorrolo.

MAXIMAS SALUDABLES

SACADAS DE LA SAGRADA ESCRITURA, Y DE LAS OBRAS DE STA. TERESA Y OTROS SANTOS.

Ama á Dios de todo corazón y por Él dá tu alma, y á tu prójimo, y cumplirás con la ley de Dios.

Honra y obedece á los Sacerdotes y á los mayores y serás honrado de Dios y de ellos.

Sufre con paciencia por Dios pobreza, enfermedad, trabajos y afrentas, y quedarás premiado.

La Biblioteca *La Verdadera Ciencia Española* (Barcelona, Angeles 14, y Madrid, Arenal 15,) nos ha remitido el tomo 3.º de la interesantísima edicion de la *Biblia* que comenzó á publicar á principios de este año.

Dicho tomo 3.º contiene los libros siguientes 1.º y 2.º de Esdras, libros de Tobías, Judith, Esther y Job; con excelentes comentarios sobre los de Josué, Jueces, Ruth, Reyes, Paralipómenos y los ya citados.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada acción dá derecho á recibir diez ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	6
Media id.	2 » »	3 50
Un cuarto id.	1 » »	1 25
Un octavo id.	50 cents. »	

Por medio de correspondal 25 cents. de peseta mas por accion. Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la *Semana Católica*, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.